

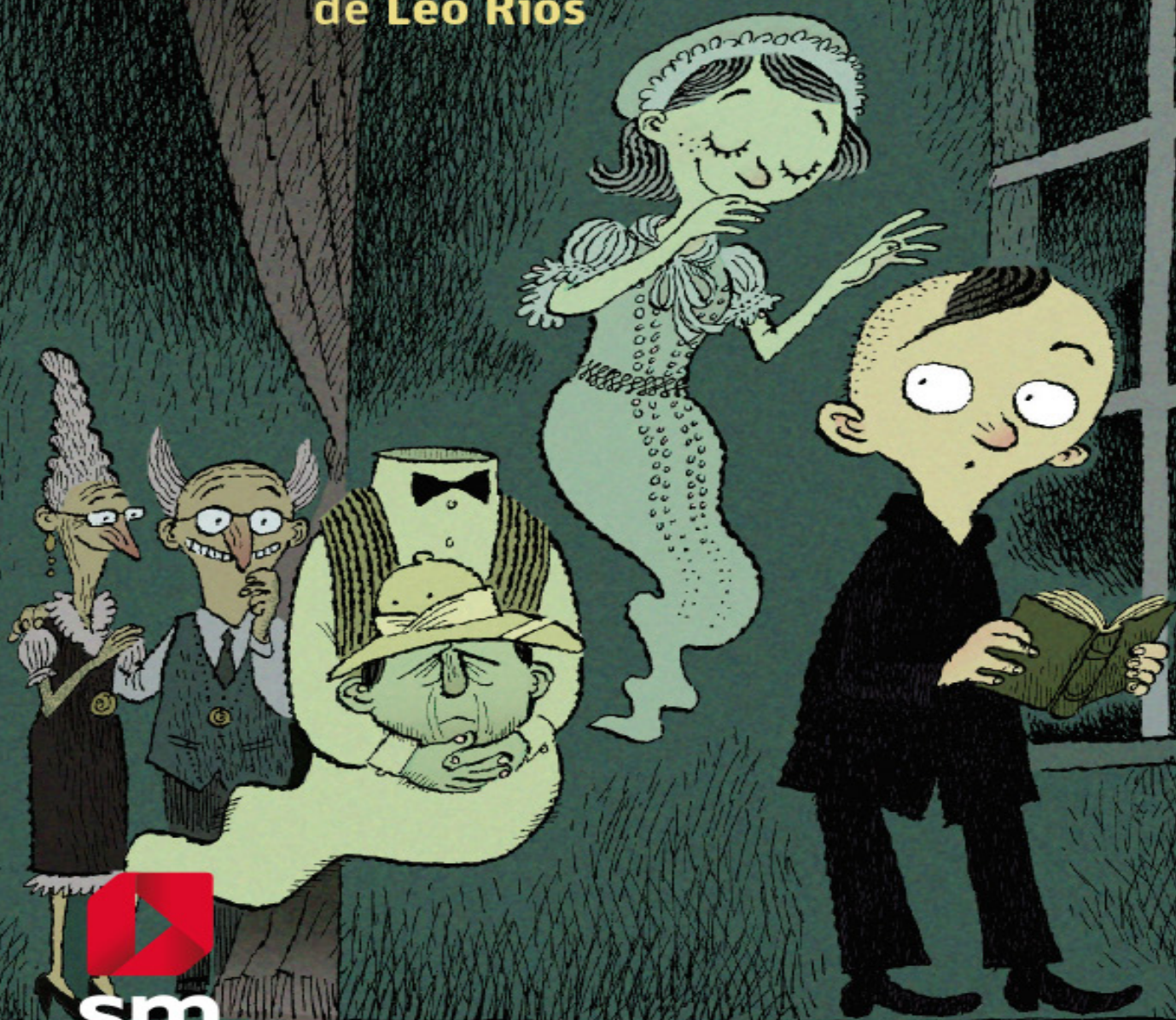


EL BARCO
DE VAPOR

La fantasmal aventura del niño semihuérfano

Esteban Cabezas

Ilustraciones
de Leo Ríos



sm



EL BARCO
DE VAPOR

La fantasmal aventura del niño semihuérfano

Esteban Cabezas

Ilustraciones de
Leo Ríos





1

Era una noche negra como el calzoncillo de un troll.

Aunque, como todos saben, los trolls no se limpian muy bien después de ir al baño, por lo que sus calzoncillos no son completamente negros.

En verdad, son un asco completamente irregular, un verdadero mapa oscuro de sus costumbres alimentarias.

Ojalá capten la idea, de todos modos.

Era una noche “negra” y una bandada de cuervos volaba en círculos sobre la Mansión Almonacid.

Y no es que hubiera un cadáver sabroso y putrefacto servido en bandeja y al aire libre, sino que acostumbraban a sobrevolar esta gran casa porque a veces les tiraban algunos restos al patio para que comieran, sobre todo cuando los experimentos no resultaban o, más bien, cuando nadie probaba los platos exóticos de la cena (y con mucha razón, uf).



Dentro de la mansión imperaba el único silencio que podía reinar allí, algo imperfecto. En el hall de entrada se oían los engranajes del autómeta gitano que recibía a quien traspasara sus puertas. Y aunque este permanecía inmóvil, todo dentro de él estaba en constante movimiento. En los pasillos se escuchaban las minúsculas pisadas de aquellas ratas que aún no habían sido eliminadas por Deimos y Phobos, los dos gatos guardianes.

(Prestando más atención, se podían escuchar conversaciones del tipo:
—Hoy la comida estuvo pésima —dijo una rata.

—Es cierto —asintió otra—, la cocinera ha perdido su buena mano).

Además, dentro de los once cuartos misteriosos y absolutamente cerrados del edificio se oían algunos sonidos poco humanos, como una agudísima ópera cantada en latín o una rutina de zapateo ejecutada por algún ser con una anatomía más generosa y menos humana que la que regala solo dos pies a cada uno de sus socios.

Continuando el recorrido sonoro hacia las torres, el silencio seguía siendo incompleto. Y no era el viento en las rendijas el que silbaba, sino alguno de los fantasmas que vivían allí sin pagar pensión, lo que podría considerarse reprobable, ya que, por lo mismo, no cancelaban impuestos ni cumplían con sus mínimas obligaciones como ciudadanos de Burgolalandia, donde obviamente estamos. Es que por todos es sabido que los fantasmas son unos zánganos sin peso alguno.

¿Más ruidos en medio del supuesto silencio? De los abundantes sótanos de la mansión brotaban algunos minúsculos quejidos, pero gracias a las pesadas puertas cerradas con candados y hechizos sobre cada una de sus entradas, solo lograban salir unos pocos y apagados lamentos. Lo único que podemos comentar es que en una de sus mazmorras pasa sus días el dios menor Nialtotpeh, señor y patrono de los nabinásperos, unas verduras que se extinguieron desde que Nialtotpeh está encerrado en su celda. Sobre su delito, podemos comentar que es un enigma tan grande como el sabor de los nabinásperos.

En resumen, era una noche casi negra (por lo que ya comentamos de los trolls) y también casi en silencio. Hasta que llegó el amanecer y, con los primeros rayos del sol, se escucharon unos golpes en la puerta principal.

Toc, toc (golpes en la puerta principal).



A continuación, y de ser posible, se hubieran escuchado los pasos de Sue Wang, el ama de llaves de la mansión, hacia la entrada. Pero las pisadas de esta experta en artes marciales orientales, maestra de la lanza de bambú, reina de la espada doble, experta en estrellas voladoras, líder en explosiones imprevistas y venenos sin remedio, contadora de chistes incomprensibles (aburridos) y autora del mejor *chop suey* de la ciudad (según ella), eran realmente imposibles de percibir.

Entonces, abrió la puerta.

Y así fue como ella se encontró con una pequeña caja de madera sobre el felpudo de la entrada. Este tenía escrita en lengua arcaica y legendaria la frase “Nub zigurath ob katán”, lo que traducido libremente

significa “Sé bienvenido extranjero y no olvides limpiar tus pies, sean estos cuantos sean, si no quieres recibir una patada en tu trasero”.

(En verdad no dice “trasero”, como podrán imaginar. Sería un poco ñoño escribir “trasero” en un felpudo de una ciudad como Burgolalandia. Ya se darán cuenta cuando llegue el momento).

Sue miró en todas direcciones, levantó su pequeña nariz para olfatear algún rastro y se colocó en pose de alerta ninja durante cerca de media hora. Pero no había nadie cerca y no pasó nada ni de casualidad (aparte de que le quedó un pequeño dolor en el cogote).

Finalmente, tomó la caja, dio media vuelta y se dirigió hacia el gitano autómatas. Se sacó tres pelos y los puso sobre la pesa de plata que yace en la falda de la figura.